

El socialismo hoy en América Latina y Cuba¹

*Fernando Martínez Heredia*²

Agradezco la invitación de Alfredo Guevara y la posibilidad de compartir con ustedes en este seminario, que está cumpliendo a cabalidad los objetivos planteados en su convocatoria. A cuarenta años del histórico encuentro de Viña del Mar, esta iniciativa nos permite intercambiar y debatir sobre temas fundamentales para Cuba y el continente. Paso a tratar, entonces, el tema que me toca, que es el del título.

El capitalismo actual y el socialismo en América Latina

Expondré algunos problemas y mis criterios acerca de los temas que propone el seminario, como estímulo para la discusión. En primer lugar, sobre los condicionamientos actuales de la oposición al sistema de dominación en la América Latina. Desde hace unas tres décadas, el capitalismo mundializado ya no brinda espacio dentro de su orden para que existan en este continente políticas internas burguesas de reformas a través de la acción del Estado, en busca de consenso y de bases sociales, ni lugar para relaciones internacionales sustentadas en las normas del neocolonialismo, régimen que fue esencial para la madurez del capitalismo en la segunda mitad del siglo pasado. Las reformas y el neocolonialismo han sido quebrantados por la propia naturaleza actual del imperialismo, que se basa en una centralización transnacional extremada, finanzas parasitarias que exigen tributos por todas partes, deterioro sustancial de la soberanía de la mayoría de los Estados, y dominio a escala mundial del imperialismo norteamericano.

Ese carácter del capitalismo actual prácticamente ha destruido la iniciativa individual y la competencia entre empresarios, pero también las bases de la propia democracia política del capitalismo. En medio de una tendencia dominante totalitaria en cuanto a la información y la formación de opinión pública, han desaparecido del mundo ideológico las promesas universales de progreso de la modernidad, la idea de autodeterminación de los pueblos y la aspiración al desarrollo económico como meta de la mayoría de los países —los que fueron colonizados y neocolonizados—, que estuvo tan en boga hace medio siglo.

Esta nueva fase de la explotación y el dominio no se explica solamente por la dimensión económica de las sociedades. En colusión con el imperialismo, la clase dominante de cada país orientó su economía hacia relaciones que mantenían o profundizaban la subordinación al capitalismo central, abandonó los proyectos de autonomía y desarrollo nacionales, y redujo a fondo los servicios que ofrecía el Estado y sus funciones reguladoras, siempre en busca de mayor lucro y seguras ganancias y en defensa de su poder. En todos los casos en que fue necesario, fueron verdugos de sus propios pueblos, en eficaz complicidad con sus colegas norteamericanos, mediante represiones selectivas y masivas que en algunos lugares llegaron al genocidio. El aplastamiento de las protestas y las rebeldías fue consolidado como triunfo político contrarrevolucionario y se pasó de las dictaduras “de seguridad nacional” a democracias políticas electorales con más o menos estado de derecho. A la vez, se

¹ ESTE TEXTO, REVISADO Y AMPLIADO POR EL AUTOR, TIENE COMO BASE UNA PONENCIA PRESENTADA EN EL SEMINARIO “AMÉRICA LATINA: REALIDAD Y/O UTOPIA”, CONVOCADO EN EL MARCO DEL 29º FESTIVAL INTERNACIONAL DEL NUEVO CINE LATINOAMERICANO Y CELEBRADO EN EL HOTEL NACIONAL LOS DÍAS 12 Y 13 DE DICIEMBRE DE 2007.

² DOCTOR EN DERECHO. INVESTIGADOR TITULAR DEL ICIC JUAN MARINELLO Y PRESIDENTE DE SU CÁTEDRA ANTONIO GRAMSCI. PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES EN 2007. fermar@cubarte.cult.cu

consumó un desastre social muy profundo a consecuencia de la nueva fase del dominio capitalista y la complicidad con ella de los sectores dominantes a los que me he referido. Más del 40% de la población se vio empobrecida —la mitad de ella en la indigencia—, con sus derechos sociales quebrantados y los servicios públicos muy disminuidos.

Se debilitó mucho la ideología por la cual los gobiernos y las instituciones del sistema aparecían como representantes de la nación y del legado de sus fundadores. Más que al nacionalismo y sus símbolos, se rendía culto al “éxito” del país, la desregulación de la economía, su democracia y la supuesta aproximación al Primer Mundo. Las políticas y las ideologías del neoliberalismo gozaron de un franco predominio hasta pretenderse que correspondían al sentido común. La oposición a este sistema padeció falta de autoconfianza y de proyecto, posibilismo y reformismo, temor a salir del juego “democrático” y fragmentación. La suma de las derrotas en la región, el fin de los regímenes europeos llamados socialistas, el cierre de la época en que parecía posible el desarrollo del Tercer Mundo, la conservatización de la política y de gran parte del medio cultural a escala mundial, configuraron un cuadro general —marcado por un enorme retroceso de las luchas de clases y de liberación— que favoreció bastante a la dominación en América Latina. Si algo debo agregar es que las clases dominantes nativas no lograron reformular bien su hegemonía a escala de país, al depender demasiado, y en demasiados terrenos, de factores externos.

Por consiguiente, no es posible que las clases burguesas de la región sean autónomas respecto al imperialismo, ni que encabezen movimientos nacionales en esa dirección. Hace más de cuarenta años el Che afirmó —y Néstor Kohan lo recordaba ayer— que el capitalismo nacional no era una opción liberadora para los pueblos del continente. En mi opinión, como ten-

dencia histórica general así ha sido desde hace más de un siglo, aunque hasta los años setenta las políticas burguesas con Estados fuertes fueron realidades incluso dominantes en diferentes países de la región y gozaron del consenso de decenas de millones de personas. Sería erróneo, sin embargo, limitarse a la negación tajante que asumo, porque la alternativa de un capitalismo “nacional” ha sido formulada de nuevo en la política de varios países, los cuales se encuentran, por cierto, en circunstancias muy disímiles. Es ineludible investigar los temas atinentes a esa cuestión, en la complejidad real de la situación de cada país implicado, de sus fuerzas políticas, ideologías, contradicciones, niveles de conflictos y acumulaciones culturales. También es necesario relacionar cada realidad nacional con las posibles alianzas latinoamericanas y caribeñas que brinden complementación económica, más fuerza política y autonomía respecto a Estados Unidos. Y tener en cuenta los nexos que pudieran establecerse con otros países del planeta que estén fuera del dominio del centro mundial imperialista.

En la contraposición entre capitalismo y socialismo en el mundo actual, hay que asumir que el imperialismo cuenta con una fuerza material inmensa —económica, militar y de controles en numerosos terrenos— y con un predominio cultural que parece abrumador. Es innegable que lleva muy bien su guerra cultural a escala mundial como instrumento privilegiado de su dominio —más que la guerra a secas—, con la complicidad de integrados y de colonizados mentales también a escala planetaria. Mientras, el socialismo padece aún los efectos del desastre sufrido hace casi veinte años a partir del final de la URSS, los regímenes europeos de su campo, Yugoslavia y Albania. Por fortuna, los poderosos medios de formación de opinión del capitalismo, aunque no abandonan sus tareas de denigrar y confinar al pasado las experiencias socialistas, van prefiriendo

someterlas a la acción eficaz del olvido. En Cuba, el país socialista actual que llegó a tener mayores nexos con la URSS, aquellas consecuencias nocivas han sido más duraderas por la persistente negativa a socializar el conocimiento de la historia real de la URSS y los rasgos fundamentales de aquellos procesos que se proclamaban socialistas, y a producir, por consiguiente, un balance que nos brinde provecho. Pero nadie puede negar que el carácter del socialismo cubano, su larga acumulación histórica y la firmeza de la implantación de sus órganos actuales, han sido decisivos para que nuestro tipo de sociedad no sucumbiera y para que mantenga hasta hoy su transición socialista.

A escala latinoamericana, lo cierto es que el renacimiento que están teniendo las concepciones y los ideales socialistas muestra tanto su resistencia como la necesidad a la que responden. Pero también es cierto que el socialismo carece todavía de una cultura propia suficiente para enfrentar eficazmente la guerra cultural capitalista, y no cuenta con un modo de producción propio, realmente autónomo y radicalmente diferente al del capitalismo, que pueda sumar a los países que se liberen y servir como referente. Por consiguiente, el capitalismo parece tener asegurada su victoria, que solo se matizaría con plazos y modos. Pero en realidad no es así: la cuestión no se reduce a sumas y restas matemáticas. Porque no es así, estamos aquí. De todos modos, llamo la atención acerca de una debilidad que portan muchos socialistas actuales: creer en la omnipotencia y la inevitabilidad del capitalismo, a la vez que en la pertinencia y el valor superior del socialismo, unas veces al mismo tiempo y otras alternativamente.

Hoy es necesario detenernos a preguntar qué es el socialismo. En la América Latina de los años noventa unos quedaron ciegos, pero los que veían estaban atendiendo sobre todo a qué no es el socialismo; mientras, quizás las mayorías lo

consideraban cosa del pasado. En estos últimos diez años, la situación política e ideológica continental ha ido cambiando sensiblemente. Uno de sus rasgos principales es el desarrollo de movimientos populares que poseen muy fuertes identidades y toman conciencia de sus enemigos, despliegan protestas, exigen satisfacción a sus demandas y albergan proyectos, y que han sido capaces de desencadenar luchas decididas en coyunturas críticas. En numerosos países, esos movimientos populares han roto el desarme y la frustración de una vida inerte bajo la explotación, la exclusión, el saqueo y la desesperanza. En varios casos han derribado gobiernos o sostenido procesos en los que han depositado su confianza; en otros, son protagonistas muy bien organizados de la rebeldía, que defienden su campo de acción y constituyen ejemplos atractivos. El auge y las características de estos movimientos expresan también la debilidad de los partidos políticos de oposición al sistema y el peso de la disgregación social impulsada por las formas actuales de explotación y dominación capitalistas.

La vía electoral fue durante dos décadas teatro de la alternancia de las facciones políticas del sistema; los candidatos solo obtenían victorias locales que era muy difícil convertir en instrumentos efectivos, y en algunos casos competían ruidosamente pero sin éxito por el poder ejecutivo. Sin embargo, en las nuevas condiciones, la vía electoral se ha convertido en un arma del campo popular que ha obtenido el gobierno en media docena de países, aunque con alcances y contenidos diversos. El caso más trascendente ha sido el de Venezuela, donde a partir de 1998 se abrió paso el proceso de la Revolución Bolivariana liderada por Hugo Chávez, que está transformando la vida de su pueblo, posee una enorme influencia en el continente y tiene una amplísima y profunda relación con Cuba. En las elecciones de diciembre de 2005 triunfó en Bolivia un movimiento popular que

culminó cinco años de rebeldías y llevó al gobierno a Evo Morales, un descollante dirigente social y político de origen aymara. Hubo otros dos éxitos electorales un año después. En Ecuador —que tiene uno de los movimientos populares más combativos de América Latina—, venció Rafael Correa, cuyo gobierno desplazó la política oligárquica, impulsa una Constituyente que elabora una Carta Magna para todos los ecuatorianos y se yergue muy dignamente frente al imperialismo norteamericano. En Nicaragua triunfó Daniel Ortega Saavedra, candidato del Frente Sandinista de Liberación Nacional, y su gobierno mantiene una política internacional independiente de Estados Unidos y muy cercana al campo revolucionario de la región.

Venezuela y Cuba lanzaron la iniciativa del ALBA en diciembre de 2004, una propuesta de integración latinoamericana y caribeña muy diferente a los mercados comunes que comenzaron a formarse a partir de 1960. El nuevo gobierno de Bolivia se les unió enseguida, y en 2007 ingresó Nicaragua y Ecuador estableció fuertes nexos. El campo revolucionario que forman los poderes populares amplía sus relaciones mediante una estrategia de alianzas con otros gobiernos de la región que buscan autonomía económica y medios para políticas sociales favorables a sus ciudadanos. En estas nuevas condiciones, el socialismo ha regresado a los ideales y al lenguaje políticos y sociales.

En la Cuba de los años noventa el socialismo estuvo asociado a una inmensa frustración. Considerando el mundo espiritual del país en su conjunto, en los últimos quince años ha habido un proceso de conservatización de las ideas y creencias que se expandió rápidamente y no da señales de decrecer. En un terreno más estrictamente ideológico, muchos se olvidaron o se alejaron del concepto de socialismo. Pero, al mismo tiempo, el socialismo ha mantenido una vigencia tácita indiscutible como el fundamento ideal del modo de

vida predominante y del sistema político vigente. Me explico esa realidad a partir de la permanencia —desde la crisis de los primeros años noventa— de tres saberes populares muy compartidos: a) no podemos perder la soberanía a manos de los Estados Unidos; b) el regreso del capitalismo resultaría funesto para la mayoría de la población; y c) es imprescindible mantener la unidad del pueblo junto al régimen revolucionario, porque él defiende eficazmente lo primero y evita lo segundo. Esos saberes están en la base de un consenso que se torna activo cada vez que se requiere, y que se expresa sobre todo socialmente, sin darle mucho valor al lenguaje político.

El mundo de las prácticas cotidianas contiene una gama extraordinaria de hechos, actos, relaciones sociales, motivaciones, expectativas y proyectos en los que conviven, se contradicen, chocan o marchan paralelamente las relaciones y las conductas socialistas, con las correspondientes al capitalismo. Todo esto sucede sobre un complejo fondo institucional en el que predomina el poder de la transición socialista, pero combinando disímiles tendencias, eficiencia y burocracia, altruismo e intereses de grupos.

Estamos muy poco adelantados en el trabajo de conocer qué es el socialismo, discutir su naturaleza, sus características y problemas principales, y de expresar y contrastar nuestras opiniones diferentes acerca de esa cuestión crucial para el país. Y estamos lejos de poder utilizar al socialismo como concepto y como ayuda para las necesidades y urgencias actuales y del futuro cercano. La carencia se hace más aguda ante el interés creciente de muchos cubanos de participar activamente en la política, conocer los datos y dilemas fundamentales y ser parte en las decisiones.

Dos concepciones del socialismo

Desde mi perspectiva, en cuanto se aborda el concepto de socialismo se advierte

que acerca de él han existido dos comprensiones diferentes, aunque en el discurso casi nunca aparecen separadas. Una, que en la teoría ha sido la dominante, propone realizar “bien” la modernidad, racionalizar las relaciones entre un desarrollo creciente de las fuerzas económicas y las relaciones de producción vigentes en el capitalismo para lograr la eliminación de sus contradicciones, de manera que el indetenible progreso humano sea puesto al servicio de la humanidad, y no de una minoría. Para esta posición, el socialismo es un resultado que será determinado por la evolución de los modos de producción y los sistemas sociales; pueden conocerse las leyes que gobiernan esa evolución, y también las correspondientes a la construcción del socialismo. Sus conceptos pudieran ser vistos como los más apegados a la teoría de Marx. Pero todas las revoluciones triunfantes contra el capitalismo han sucedido fuera de los países más indicados para aquella concepción del socialismo. Después de la primera revolución, en un teatro tan singular como el imperio zarista, todas se han producido en países en los cuales la mundialización del capitalismo se dio a través del colonialismo y el neocolonialismo.

En esas revoluciones nació la otra comprensión del socialismo, que ha sido la de conquistar la liberación nacional y social en un país, derrocando al poder establecido y creando un nuevo poder, ponerle fin al régimen de explotación capitalista y su sistema de propiedad, eliminar la opresión y abatir la miseria, y efectuar una gran redistribución de las riquezas y de la justicia. Sus prácticas tienen otros puntos de partida. Sus logros

fundamentales son el respeto a la integridad y la dignidad humanas, la obtención de alimentación, servicios de salud y de educación, empleo y demás condiciones de una calidad de vida decente para todos, y la implantación de la prioridad de los derechos de las mayorías y de las premisas de la igualdad efectiva de las personas, más allá de su ubicación social, género, raza y edad. Esos procesos han garantizado su sobrevivencia y cierto grado de desarrollo económico y social mediante un poder muy fuerte y una organización revolucionaria al servicio de la causa, honestidad administrativa, centralización de los recursos y su asignación a fines económicos y sociales seleccionados o urgentes, búsqueda de relaciones económicas internacionales menos injustas, y planes de desarrollo.

La primera concepción entendió que el desarrollo económico precedería al socialismo, es decir, que los avances de la llamada “base económica” de la sociedad serían el fundamento que permitiría la “construcción del socialismo”. Fidel y el Che estuvieron entre los opuestos a esas ideas, desde la experiencia cubana y como parte de una concepción de la revolución socialista como incesante y gran transformadora de las personas, sus relaciones y el conjunto de la sociedad. Una concepción que articulaba la lucha en cada país con la especificidad del Tercer Mundo y con el carácter mundial del proceso, desde una posición práctica realmente internacionalista.³

Este socialismo debe recorrer un duro y largo camino en cuanto a garantizar la satisfacción de necesidades básicas, la resistencia eficaz frente a sus enemigos y a las

³ “MARX CONCIBIÓ EL SOCIALISMO COMO RESULTADO DEL DESARROLLO. HOY PARA EL MUNDO SUBDESARROLLADO EL SOCIALISMO YA ES INCLUSO CONDICIÓN DEL DESARROLLO. PORQUE SI NO SE APLICA EL MÉTODO SOCIALISTA —PONER TODOS LOS RECURSOS NATURALES Y HUMANOS DEL PAÍS AL SERVICIO DEL PAÍS, ENCAMINAR ESOS RECURSOS EN LA DIRECCIÓN NECESARIA PARA LOGRAR LOS OBJETIVOS SOCIALES QUE SE PERSIGUEN—, SI NO SE HACE ESO, NINGÚN PAÍS SALDRÁ DEL SUBDESARROLLO.” (CASTRO, 1970: 133-184).

“NO PUEDE EXISTIR EL SOCIALISMO SI EN LAS CONCIENCIAS NO SE OPERA UN CAMBIO QUE PROVOQUE UNA NUEVA ACTITUD FRATERNA FRENTE A LA HUMANIDAD, TANTO DE ÍNDOLE INDIVIDUAL, EN LA SOCIEDAD EN QUE SE CONSTRUYE O ESTÁ CONSTRUIDO EL SOCIALISMO, COMO DE ÍNDOLE MUNDIAL EN RELACIÓN A TODOS LOS PUEBLOS QUE SUFREN LA OPRESIÓN IMPERIALISTA [...] EL DESARROLLO DE LOS SUBDESARROLLADOS DEBE COSTAR A LOS PAÍSES SOCIALISTAS; DE ACUERDO, PERO TAMBIÉN DEBEN PONERSE EN TENSIÓN LAS FUERZAS DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS Y TOMAR FIRMEMENTE LA RUTA DE LA CONSTRUCCIÓN DE UNA SOCIEDAD NUEVA.” (GUEVARA, 1970: 572-583).

agresiones y los atractivos del capitalismo, y enfrentar las graves insuficiencias emergentes del llamado subdesarrollo y de los defectos de su propio régimen. Al mismo tiempo que realiza todas esas tareas —y nunca después— debe fundar y comenzar a desplegar efectivamente instituciones y cultura democráticas, y un estado de derecho. En realidad está obligado a crear una nueva cultura diferente y opuesta —y no solo opuesta— a la del capitalismo.

La transición socialista de los países pobres devela entonces lo que a primera vista parecería una paradoja: el socialismo que está a su alcance y el proyecto que pretenden realizar *están obligados a ir mucho más allá del cumplimiento de los ideales de la razón y la modernidad*, y de entrada deben moverse en otro terreno. Su camino exige tres negaciones: a) que la nueva sociedad sea el resultado de la evolución del capitalismo; b) que la sola expropiación de los instrumentos económicos, políticos y culturales de ese régimen social permita construir una sociedad que lo “supere”; y c) que se deban “cumplir etapas intermedias”, supuestamente “anteriores” al socialismo. Es decir, a este socialismo le es forzoso trabajar por la creación de una nueva concepción de la vida y del mundo, al mismo tiempo que se empeña en sobrevivir y cumplir con sus prácticas más inmediatas.

Tanto en las prácticas como en el terreno intelectual esto ha generado las mayores contradicciones y muchas confusiones. Todos los que nos hemos visto envueltos en las revoluciones las hemos vivido intensamente —desde los bolcheviques de la Rusia soviética, hasta los cubanos— y el pensamiento revolucionario ha logrado avances extraordinarios. El pensamiento de la primera ola de revoluciones del siglo XX elaboró concepciones abarcadoras y síntesis convincentes acerca del mundo en que luchaba y las sociedades y personas liberadas que pretendió ayudar a crear. Pero el pensamiento de la segunda mitad del

siglo, aunque hizo aportes extraordinarios impulsado por una segunda ola de revoluciones, no consiguió una elaboración análoga. Tampoco ha podido triunfar un deslinde completo entre las dos concepciones del socialismo, porque la segunda nunca ha tenido autonomía suficiente frente al capitalismo mundial, ni la tuvo frente a los poderes que existieron en nombre del socialismo. Estos últimos utilizaron vulgarizaciones de la primera comprensión del socialismo como una ideología de su propia legitimación y de sus prácticas políticas y económicas.

En la etapa reciente en que el socialismo en general sufrió pérdida de prestigio y pasó a estar prácticamente en la sombra, la cuestión no fue de gran peso. Pero al volver el socialismo a la escena social, política e ideológica, ella se pone a la orden del día y resulta, a mi juicio, muy necesaria.

El socialismo cubano en su coyuntura actual

No puedo sintetizar aquí lo que he publicado durante los últimos veinte años sobre la Revolución socialista de liberación nacional de Cuba y sobre el socialismo cubano, sus enormes logros y sus problemas, dilemas cruciales, descabros y retrocesos; sobre sus resistencias, estrategias, proyectos y desafíos. Tampoco aludiré a lo que he escrito y dicho acerca de las tensiones, debates, contradicciones y convivencias de las dos concepciones del socialismo en el seno de la Revolución cubana. Pero quiero insistir en que esos trabajos míos se refieren a lo que es hoy el material principal previo sobre el que se despliega la tensa espera nacional que está en curso, y que se siente en el aire. La novedad será el sello de los hechos que vendrán, pero de ningún modo ellos serán ajenos a esa acumulación cultural. Seleccione algunos puntos e interrogantes, con el ánimo de contribuir a la profundización y el debate.

En Cuba, como en todas las revoluciones anticapitalistas triunfantes desde fines de los años cuarenta del siglo XX en el Tercer Mundo, el socialismo factible no ha dependido de la evolución progresiva del crecimiento de las fuerzas productivas, su “correspondencia con las relaciones de producción” y un desarrollo social que sea consecuencia del económico, sino del contenido y el alcance de las transformaciones de las personas, las relaciones sociales y las instituciones, y de los enfrentamientos entre la revolución y sus enemigos. El proceso tuvo que reconocerse a sí mismo, ejercitar sus fuerzas propias —que siempre han sido sus cartas fundamentales—, entender su lugar en el mundo y asumir sus posiciones sin hacer caso de doctrinas que postularan otros caminos.⁴

En sus prácticas, la transición socialista debe enfrentarse a dos enemigos. Uno es la persistencia de relaciones mercantiles a escala internacional y nacional, que tiende a perpetuar —en los hechos y las actitudes de las naciones y los individuos— el lucro, la ventaja, el egoísmo y el individualismo, más los consecuentes consensos sociales acerca de la economía, el dinero, el consumo y el poder. El otro enemigo es la insuficiencia de capacidades de las personas, relaciones e instituciones, resultante de la sociedad preexistente, para realizar las enormes y complejas tareas que son necesarias. El subdesarrollo tiende a producir un socialismo subdesarrollado; el mercantilismo, un socialismo mercantilizado. Las combinaciones de ambos son capaces de producir frutos peores. En estas transiciones socialistas resulta obligada la segunda concepción del socialismo referida. Las “leyes de la economía” no pueden ser determinantes; al

contrario, la dimensión económica debe ser gobernada por el poder revolucionario, y este debe ser una conjunción de fuerzas sociales y políticas unificadas por un proyecto de liberación humana.

Es preciso juzgar desde esa perspectiva los factores necesarios para avanzar en la transición socialista, y su manejo apropiado. La Revolución cubana derribó una y otra vez los límites de lo posible, y se generalizó la confianza en que así volvería a ser cuando fuera necesario. Dentro de lo posible se consiguen modernizaciones, pero la transición que se conforma con ellas solo obtiene al final modernizaciones de la dominación y nuevas integraciones al capitalismo mundial. Para enfrentar los retos actuales y del futuro inmediato, debemos recuperar aquella confianza. Un ejemplo: los procesos educativos no se pueden “corresponder” con sus medios materiales, el nivel que tenga la administración o la rutina, sino que deben ser muy superiores a ellos y muy creativos. La educación socialista no puede proponerse formar individuos para obedecer a un sistema de dominación e interiorizar sus valores; al contrario, debe ser un territorio antiautoritario a la vez que un vehículo de obtención de capacidades y de concientización. Una educación que esté obligada a ser superior a las condiciones de reproducción de la sociedad, precisamente porque debe ser creadora de nuevas fuerzas para avanzar más lejos en el proceso de liberación.

Sintetizo preguntas sobre cuestiones principales, cuya formulación general no debe oscurecer la realidad de que son interrogantes nuestras: ¿Qué objetivos puede y debe tener realmente la “economía” de los regímenes de transición socialista? ¿Qué crítica socialista del desarrollo económico es necesaria en la actualidad?

⁴ LE DICE, POR EJEMPLO, EL CHE A CHARLES BETTELHEIM: “CREEMOS QUE SE ESTÁN DESPERDIANDO, EN CIERTA MANERA, LAS POSIBILIDADES DE DESARROLLO QUE OFRECEN LAS NUEVAS RELACIONES DE PRODUCCIÓN PARA ACENTUAR LA EVOLUCIÓN DEL HOMBRE HACIA *EL REINO DE LA LIBERTAD*. PRECISAMENTE, PUNTUALIZAMOS EN NUESTRA DEFINICIÓN DE LOS ARGUMENTOS FUNDAMENTALES DEL SISTEMA LA INTERRELACIÓN EXISTENTE ENTRE EDUCACIÓN Y DESARROLLO DE LA PRODUCCIÓN [...] LAS IDEAS SOCIALISTAS TOCAN LA CONCIENCIA DE LAS GENTES DEL MUNDO ENTERO, POR ESO PUEDE ADELANTARSE UN DESARROLLO AL ESTADO PARTICULAR DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS EN UN PAÍS DADO.” (ÍBIDEM, T-II:265) (EL SUBRAYADO ES DEL AUTOR).

¿Cómo puede manejarse con efectividad la conflictividad de las relaciones con los recursos y el medio natural por parte de una posición ambientalista socialista? En otro campo de preguntas: ¿A través de la profundización de la democracia se marcha hacia el socialismo, o a través del crecimiento del socialismo se marcha hacia la profundización de la democracia? ¿Cómo pasar de la dictadura revolucionaria que abre caminos a la liberación humana, a formas cada vez más democráticas que con sus nuevos contenidos y procedimientos aseguren que aquellos caminos no se pierdan, continúen abiertos y se profundicen? ¿Cómo evitar que el subdesarrollo, las relaciones mercantiles, el burocratismo y los enemigos externos tejan la red en la cual el proceso sea atrapado y desmontado? ¿Cómo lograr y asegurar que la transición socialista incluya sucesivas revoluciones en la revolución, y que dentro de la transición socialista triunfe el socialismo?

A escala mundial, el socialismo tiene que ganar un gran territorio perdido, y uno mucho mayor que nunca ha poseído. Por eso es sano preguntar, sin cejar por ello en los afanes y combates de cada uno: el socialismo, ¿es una opción realizable, es viable? ¿Puede vivir y persistir en países o regiones del mundo sin controlar los centros económicos del mundo? ¿Es un régimen político y de propiedad y una forma de distribución de riquezas, o está obligado a desarrollar una nueva cultura, diferente, opuesta y más humana que la cultura del capitalismo? Por su historia, ¿no está incluido también el socialismo en el fracaso de las ideas y las prácticas “modernas” que se propusieron perfeccionar a las sociedades y las personas? No hay que olvidar ni disimular ninguno de esos desafíos, porque tomar conciencia de ellos ayuda contra las concesiones o rendiciones, y contribuye a darle un suelo firme a la idea socialista, sacar provecho a sus experiencias y tener más posibilidades de realizarla.

Antes de terminar, quebranto por un momento la obligación que me impuse de ser general, con un breve comentario sobre la actualidad cubana. En la política real domina la vigencia de los tres saberes que mencioné arriba —un ejemplo claro es la confianza y el respaldo que reciben las expresiones públicas del compañero Raúl— y al mismo tiempo la impaciencia frente a las llamadas medidas que la dirección del país tomaría, señaladamente en materia salarial, en la rama agropecuaria y ante la doble moneda vigente; las cuales serían, por cierto, también hechos políticos y no solo económicos. Quisiera anotar un hecho paradójico de las dos últimas décadas: junto a la profunda crisis con caída general de la actividad económica y a los duros daños para la calidad de la vida, se estaba produciendo un auge enorme de las expectativas de la población. Precisamente cuando desaparecía el estado de bienestar material de los quince años previos y las carencias se volvían agobiadoras, comenzaron a aparecer nuevos contingentes juveniles y de adultos con grados de preparación personal mucho más altos, actitudes más exigentes ante los consumos y patrones de conducta más cercanos a la media internacional que llamamos occidental.

Al cabo de un largo proceso se ha ido configurando un nuevo complejo de incertidumbres y contradicciones, que puede advertirse en varias direcciones. Entre la formidable modernización experimentada por el país y la altísima cultura política socialista de los cubanos existen discrepancias e incluso contradicciones. Esa cultura no es defendida —tanto por sus acciones como por sus omisiones— por una parte de las instituciones y políticas de la propia Revolución, que padecen viejas deficiencias y algunas más recientes. El conocimiento social no logra desempeñar los papeles importantes que le corresponden en una transición socialista, y existe mucha más tolerancia y división en élites y masas que

verdaderos debates y divulgaciones de los problemas. Una gran parte de las iniciativas y actividades transcurre entre los actos y el influjo del Estado y del mercado. Numerosos productos y consumos culturales portan los sentidos que tienen dentro de las sociedades capitalistas, y es necesario identificar bien y oponernos a las influencias en Cuba de los movimientos mundiales imperialistas de homogeneización y de privatización material e ideal.

Catorce años después del momento peor de la crisis, permanecen en Cuba logros y rasgos esenciales de la sociedad y la manera de vivir creados por la revolución socialista, que siguen siendo los decisivos. Pero los cambios producidos han sido profundos y extraordinarios. Aludo solamente a las relaciones sociales para ganarse la vida, mantenerse en el mismo medio o moverse socialmente, a través de dos ejemplos. Hoy son mucho más directas las relaciones entre las actividades laborales y la retribución a las personas que las realizan —o el ingreso real que tienen esas personas— que lo que eran hace dos décadas, y en las dos décadas precedentes a aquel momento. Aquel carácter indirecto predominante era una de las características principales de nuestro socialismo. El otro es el grado de internacionalización de esas relaciones sociales —casi inexistente durante más de treinta años—, que hoy es bastante alto. La emigración de esta etapa está sumamente relacionada con ese tipo de relaciones sociales, sin que ellas agoten sus motivaciones. Las remesas procedentes del exterior desempeñan

fuertes papeles. La prestación de servicios que exigen altas capacidades ocupan hoy a decenas de miles de personas e influyen en la vida de sus familiares y otras personas, aunque esas tareas tienen también otras motivaciones que son muy valiosas social y políticamente, como son los casos del personal de salud y otros servicios en la solidaridad con Venezuela y en docenas de otros países del mundo.

Debo terminar. Resalto entonces que la antigua ideología que explica los actos de gobierno y las políticas en que se basan solamente como soluciones económicas de problemas concretos, pero también la ideología que eleva su generalidad y alcance a postular que aquellos actos y políticas son expresiones de un socialismo cuya esencia es el desarrollo económico, están preñadas de tensiones y potenciales contradicciones con la ideología de la Revolución cubana. Fidel fue siempre un conductor y un unificador de todas esas ideologías. ¿Qué pasará en este campo, más allá de las realidades en que las discusiones económicas parecen ser el teatro principal de lo político? Comparto la idea del Che de que para toda la época de la transición socialista el factor subjetivo está obligado a ser determinante, y para lograrlo debe desarrollarse sin cesar y ser muy creador. El Che decía que por los caminos trillados del capitalismo no se puede construir el socialismo. Hoy podemos agregar que por los caminos trillados del socialismo tampoco se podría construir la liberación humana y social.

Bibliografía

- Castro, Fidel 1970 “A los 244 graduados del Instituto de Economía de la Universidad de La Habana, 20 de diciembre de 1969”, en *Pensamiento Crítico* (La Habana) No. 36, enero.
- Guevara, Ernesto “Discurso en el Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática” Argel, 24 de febrero de 1965”, en 1970 *Ernesto Che Guevara. Obras, 1957-1967* (La Habana: Casa de las Américas) T. II.